

Dos cuentos de José Pérez

Botón de luto

A todos se nos fue diciendo que había que ponerse durante ocho días el botoncito de cartón forrado con muselina o tela de muerto o franela de hacer medias pero no entendíamos del todo ese ritual repentino. Jugamos como locos a ponernos el botoncito en el maruto pegado con saliva a ver quien llegaba más lejos sin dejarlo caer. Era tan divertido como los jueves de carnaval cuando corríamos con un huevo en la boca hasta llegar al límite de la muerte. El primero fue el pobre de Cristiano Lara, pálido como las ahuyamas de luna, que se fue de trompa por correr sin desayuno y la cucharilla se le hundió en la encía hasta la silla turca, cuando enterró la nariz en la arena del mediodía. No bastó, para salvarlo, el halón de Ruyón. Lo vimos derrumbarse sin que tuviéramos tiempo de llorarlo. En realidad nunca lo hemos llorado. Tampoco él nos ha podido llorar. Ya hemos abarcado este territorio sin lágrimas, y nos da igual verlo pasar dentro de dos horas cuando vaya camino a su región de desengaño. Después había sido el atentado de su novia, al año siguiente, cuando se tiró voluntariamente de frente para hundirse la cuchara, pero Ruyón logró amortiguarle la caída y la lesión sólo le afectó la vista. Se quedó ciega. Por eso la llamamos la ciega del huevo, y fue quizás el único espíritu que no se quiso resignar a su propia inmortalidad. Igual seguimos jugando a ponerse el lunarcito en la frente caminando hasta llegar al poste sin dejarlo caer, o tirándolo para arriba hasta

atraparlo con la boca abierta como hacíamos con granos de caraota y maíz o las uvas que de vez en cuando nos traía del pueblo el turco de las confiterías. No pudimos ver en ese minúsculo botoncito la utilidad práctica de la pena, ni llegamos a entenderlo los primeros días más allá de esa forma redondita que nos proporcionaba las risas que necesitábamos. No nos alarmaba nada: Todavía Ruyón se levantaba temprano a echarle hacha a aquellos árboles que caían como truenos, como siglos cortados, como esos pedazos de cielo que a veces se venían abajo y que nos hacían correr y perdernos.

Nos levantaba casi a diario como una sombra segura del tiempo, como un fantasma de alba:

—A levantarse sobrinos. Vida que se duerme es tiempo perdido.

Y no siempre disfrutábamos de ese fastidio tempranero. Infinitades de veces llegamos a aborrecer ese mal hábito suyo de espantarnos los sueños. A escondida lo llamábamos Cara e' siglo, de tanto viejo que es ya su recuerdo y él también. Pero Ruyón era una brisa, un aire, que nos hacía vivir y que nos alborotaba el alma con aquellos golpes de árboles. Siempre nos decía sobrinos del carajo tienen que aprender a crecer, que un día de estos caigo y no me van a ver levantarme nunca más, y tendrán que ponerse el botoncito de luto encima de las tetillas sin entender pa' qué carajo es esa vaina negra, como una caraota de trapo; pero cuando estén grandes van a entender que ese es el respeto a la muerte hecho en la vida, y van a dejar de reírse como muérganos al darse cuenta que los dolores del alma, como los dolores de parto, son los que hacen solidarios a los hombres. Siempre seremos el árbol que cae. Llevamos el hacha clavada en la espalda y el vómito de sangre lo dejamos en ese aire que entra y sale en el orificio de los pulmones, en el abismo de la agonía.

Ahora es la costumbre. Necesitamos el botoncito negro para todo. Es como un corazón pequeño dado de las sombras. Lo entendimos cuando fue Ruyón el que murió tumbando leñas, con la hernia estrangulada hasta el grito que estrelló ramas y precipitó truenos que nos hicieron gritar esto es fin de mundo, la tierra se viene abajo. En vano trataron de atajarlo los pies de matas cuando él iba a estrellarse de nariz contra esa arena implacable. La misma arena que sujetó hacia arriba, hacia los lampos del reverbero de sol, aquel filo de hacha que se le hundió a Ruyón en el medio de las cejas mientras las parapas de los ojos se le enterraban junto al último quejido de su garganta: El botoncito es para señalar que tarde o temprano nos reuniremos todos, como ahora, para intercambiárnoslo sin lágrimas, jugando en el mismo destino a almas sueltas, a palos cortados, a carnavales de cuchara con huevo, a carajitos desposeídos de dolor; y nos dirán espíritus o algo parecido, sin saber que entramos y salimos por sus alientos junto con ese aire que nos transporta hasta sus abismos abultados. Hasta el peso de sus hachas.

-A levantarse temprano, sobrinos. Ya somos el tiempo de morir.

A veces los pedazos de cielo que se desgajaban éramos nosotros mismos, dispuestos a crecer y a hacer renacer los troncos caídos.

Otras veces eran los botones que soltábamos a ver cuál caía primero en el inmenso peladero de aquella arena sin nombre.

Sin ton ni son

Habíamos visto el gato muchas veces y nunca perdimos la misma gran emoción de aquella noche que lo trajo escondido entre la camisa el turco que pasaba en la camioneta chata-reeada vendiendo harinas y azúcares al mayor en las bodegas y regalando caramelos a los carajitos que nos acercábamos a decirle "Señor turco". Siempre usó una corbata roja ancha como un puente y una camisa blanca que ciega recordarla y volverla a ver, que supimos que era la misma camisa cuando quince días después la trajo puesta con las manchas de sangre de los rasguños del gato ahí en esa barrigota suya que daba a pensar que se había tragado un árbol. El turco abrió sólo dos de los tres botones que le quedaron. El otro botón se lo arrancó el gato con esa cola coronada y alta que tiene, incluso, más allá de las llamas. Lo vimos perderse calle abajo hacia el puente, como si fuera tras el botón pero nos engañamos. El animal atravesó el río y encontró la puerta abierta de la casa de Matilde Palma que, medio desnuda y poniéndose polvo de niño en el cuello, esperaba al turco para darle lo que la gente grande se da. El animal se la quedó viendo con esa fijeza que tienen las almas de otro mundo, y de un salto que abarcó desde la puerta del cuarto hasta el rincón de la repisa y los frascos de olores y velas y mataplagas, le cayó en los brazos como un recién nacido que ha dejado sus sombras atrás. Todos nos habíamos ido tras esa hermosura pensando que se metería al monte y recogimos piedras de varios tamaños para aplastarle la cabeza si no se dejaba atrapar. Pero nos equivocamos. Una tarde que el turco se sentó con nosotros en el banco solitario de uno de esos negocios, una tarde antes de aquella en que llegó con el cuchillo hundido en el pecho, nos había comentado que él siempre le llevaba al animal las pantaletas sucias que se robaba de Matilde Palma, allá en Ciudad Grande (algo así como una tortá

de casabe con hilos de nubes inmensas) y éste las olía día y noche; hasta que lo sintió tan extraño que tuvo que traérselo a la mujer porque es estaba encojonando.

-Un animal encojonado le persigue el fundillo a una mujer así esté en el cielo sentada sobre las piernas de Dios.

No lo hubiésemos creído de no haber pasado la tragedia del huerfanón de Gallo Tuerto. Lo vimos cruzar la plaza con las pelotas al aire rojas de tantos arañazos, entre risas de borrachos y llantos de viejas, hasta que se tiró al suelo a tragarse su dolor con polvo y resignación. El gato lo había sorprendido en la cama con Matilde Palma en una de esas revolcadas que todos sospechaban en el pueblo, cuando el turco no estaba de visita. Lo que no sabíamos era la hora. El gato descifró el enigma.

Sin embargo, la versión que Matilde Palma dio al turco, frente al pueblo entero, la tarde del entierro de Gallo Tuerto, fue reveladora para siempre, a la hora de contar los siglos.

-No murió desangrado, mi amor; sino que un toro le desbarató los granos.

Nadie se atrevió a desmentir el hecho. Pero Anastasia Fibrarte, quien vivía vecina a Matilde Palma, del otro lado del puente, no se quedó con el cuento en la boca. "A ese gato lo que le falta es un caldero con bastante verduda pa'que sepa lo que es muerte", dijo o pensó en voz baja y se fue del entierro. Desde entonces empezó a tirarle pantaletas sucias por el fondo del patio, hasta que el animal empezó a visitar su casa pero sin quedarse a dormir. Fue entonces cuando decidió prepararle la sorpresa.

En vano estuvo Matilde Palma removiendo al mundo entero en busca de su consuelo sentimental. Hacía tres días

había llegado el turco con el cuchillo hundido en el pecho y las manos atadas al volante de la camioneta con el pie levemente atado al acelerador, sin que se supiera quién lo había matado.

Anastasia Fibrante le preparó el desayuno a las dos niñas desahuciadas de tanta hambre, en el mismo instante en que Matilde Palma le entró en su casa hecha de fuego, registrándola toda sin permiso y sin ton ni son. Matilde Palma vio, con rabia primero y con lástima después, los pelos del gato amontonados de mala gana con una escoba en el patio de Anastasia Fibrante, y luego a las carajitas chupándose las patitas que la madre les guardó de la cena.

Al otro día, exactamente a las 12:05 de la tarde, encontramos colgadas con guarales de saco a Matilde Palma y a Anastasia Fibrante. Una en el puente y la otra en el corredor de su casa con las dos carajitas colgadas también, a su lado. Desde entonces todos hemos creído una cosa: Seguro que Gallo Tuerto se vino del otro mundo, y está a punto de encontrarnos a todos.